

HISTORIAS TESTIMONIALES

29. El profe alumno.
Producción de historia: Idelber Papamija

30. De las botas de tacón... A las botas pantaneras.
Producción de historia: Constanza Kahn

El profe alumno

Producción de historia: Idelber Papamija

El profesor de música de la escuela integrada de Cerro Alto está a punto de terminar quinto de primaria. Fue elegido por votación entre los estudiantes para ser el gobernador del cabildo escolar. Desde que ocupa su cargo, la sanción más alta que ha impuesto es treinta cuclillas a unos estudiantes que se insultaban. “Mis compañeros a veces me dicen gobernador, pero normalmente me dicen Idelber”. Es el mayor de los 37 estudiantes y el menor de los tres profesores. En uno de los dos salones de la escuela, donde recibe clases con tercero, cuarto y quinto, al gobernador Idelber Papamija se le notan más sus dieciocho años. Cuando baja al pueblo, los profesores del colegio con los que se encuentra lo saludan: “buenas, gobernador”. “Buenos días, profesor”, responde en voz muy baja. Si hay una chirimía en el camino, se queda escuchándola en silencio mientras lleva el compás con el pie.

De las botas de tacón... a las botas pantaneras

Producción de historia: Constanza Kahn

Cuando regresé del Macizo Colombiano a Bogotá, rugió el volcán Galeras. Con esa noticia me recibió mi radio al encenderla. Cogí el teléfono para buscar a “Coni Kahn” y cerciorarme de que todo estaba bien. Tres horas atrás, en el aeropuerto, ella me había dicho que si era necesario usar al destino para que volviera a Pasto, lo haríamos. No me contestó. No es tan fácil que Constanza responda su teléfono, a pesar de que cuelga todo el tiempo en una mochilita arhuaca sobre su pecho.

Siempre está ocupada, generalmente con campesinos o indígenas de las veredas de los veintiséis municipios que conforman Asopatía, porque desde que empezó a trabajar allí prefiere ejercer su papel de directora de comunicaciones en campo, y no desde su oficina.

Hace diez años ya que terminó la universidad en Bogotá, con la certeza de que a Nariño regresaría solo para pasar breves períodos de vacaciones cerca de su familia. Hace diez años que su mamá la recibió ansiosa en el aeropuerto, y le hizo saber que ya había identificado varios lugares en los que podía trabajar sin volver a alejarse de su casa. Repartió su hoja de vida en algunos medios locales, casi obligada por la insistencia de su madre, pero con el firme propósito de regresar a buscar trabajo en Bogotá. A los pocos días la llamaron del Diario de Sur, el periódico más importante

de la capital de Nariño. “Lo tomé como una cosa temporal: uno o dos meses y luego pensaba regresar, pero me amañé”.

Allí, estuvo por un año trabajando en secciones relacionadas con los municipios y con el medio ambiente. En uno de sus habituales trabajos de reportería se encontró con el proyecto Alto Patía, en el que trabajaba Asopatía con la Agencia Alemana de Cooperación GTZ. Hizo una serie de crónicas en el diario sobre el proyecto, y fue vinculándose con ellos y conociendo su trabajo. Un día, el jefe del proyecto la invitó a escribir las memorias del proceso desde el punto de vista de los beneficiarios, y como era un trabajo temporal que no requería dejar el diario, decidió hacerlo en el poco tiempo libre que el periodismo le dejaba. “Fue básicamente un trabajo de reportería, que disfruté mucho: viajé a la zona, compartí con las familias campesinas, me acerqué mucho más al conflicto, a la pobreza y a la violencia, que existían tan cerca de nosotros pero tan lejanas a nuestra cotidianidad”, relata Coni.

El trabajo temporal de reportería se convirtió en el primer libro de Constanza Kahn, publicado por la GTZ para ser distribuido entre las instituciones que esta entidad apoyaba. Pero este libro fue también la puerta de entrada para que Coni descartara su regreso a Bogotá y se instalara de manera permanente cerca de su madre.

Al momento de elegir al nuevo director de Asopatía, la entidad alemana propuso contar con un jefe de comunicaciones. “Me invitaron a ocupar el cargo, pero la cosa se agrandó y entré en el campo de la comunicación para el desarrollo y el cambio social, lo cual aprendí sobre la marcha, metiéndome en la realidad de la gente, leyendo mucho, e involucrándome en un mundo nuevo para mí: el trabajo en el fortalecimiento de procesos sociales en zonas de conflicto”. Coni duró un mes más combinando su trabajo en el diario y en Asopatía. “Fue muy doloroso para mí, pero dejé el diario y me metí de lleno en ese mundo maravilloso en el cual llevo siete años ya”.

Cuando secuestraron a su jefe, Ulrich Kunzel, Constanza se desvinculó de la GTZ, pero ya no contemplaba la opción de alejarse de su labor: “este se ha convertido en el trabajo que más me ha llenado como persona, como profesional, como mujer... En ese momento ya tenía en la región más raíces que un ceibo, afectos, amigos, por eso cuando me invitaron a quedarme, ni siquiera lo pensé. Primero estuve solita, haciendo lo que el tiempo me permitía en algunos municipios, gestionando más cosas. Pero con el Laboratorio de Paz, el enano se creció y logramos conformar el equipo de comunicaciones soñado”. Aunque aún es pequeño para las necesidades de los pobladores locales, siguen trabajando en los veintiséis municipios, abriendo espacios de capacitación con las comunidades más vulnerables en zonas de conflicto, y acercándose a las historias de la gente. “Algunas dolorosas, pero también de esperanza, compartiendo sus vidas, disfrutando de la hermosa región, ayudándoles a que descubran su potencialidad y mostrándoles cómo la comunicación integra, une, fortalece a las organizaciones sociales. Y aquí estamos, como equipo, llevamos tres años y los logros han sido grandes, pese a las dificultades”.

Todo estaba bien. Era solo un rugido del Galeras, de esos que se convierten en noticia para los que no sabemos, pero que para los pastusos son solo una prueba de que su montaña sigue viva. Si hubiera problemas, Coni hubiera contestado, porque a ella “se le sale el héroe” cuando algo falla.

Un día, por ejemplo, bajó a la cabecera municipal buscando un veterinario para un gavián herido, que los pupilos de sus talleres exhibían como un trofeo de caza. Luego de regañarlos, se lo llevó en el carro oficial al pueblo, para que no se muriera, y lo dejó en buenas manos. Antes de seguir con lo suyo, encontró una nueva escena ante la cual no se pudo resistir. “vi al comandante de la Policía y al jefe de los *paras*, en la misma mesa tomando aguardiente”. Era esa época en que aún pensaba que si algo iba mal se solucionaba con denunciarlo con las autoridades. “Me senté con ellos y les dije lo frustrante que resultaba verlos juntos, ebrios, haciendo planes: ustedes son la autoridad, los colombianos creemos en ustedes... ¿Qué hace usted aquí bebiendo con un paramilitar?”. Constanza se toma una cerveza de vez en cuando: no necesita un solo trago para preguntarle algo al que sea.

Esa noche, después de escuchar mil explicaciones de un par de ebrios, se fue. Pasó un buen rato con los asistentes de sus talleres en la única discoteca del pueblo, antes de partir hacia la posada en la que dormirían ella y sus compañeros. No había luz. La única planta eléctrica funcionaba en los negocios y en la casa del duro del pueblo.

Abrió la puerta de su cuarto, atestado de gente, y se encontró con un colchón en el que dormía alguien. No podía pasar hasta su cama. “Fabi, quítate”, le dijo. Una patada leve: “Fabi, permiso, tengo que pasar”. Nada. Otra patada. “Fabián, no se ve nada, córrete un poquito”. Los ojos van acostumbrándose a la oscuridad. Ese que pateaba no era Fabi. Él nunca dormiría con un arma en la mano. Era Julián, el paramilitar que había estado en la mesa con el policía horas atrás. Por esta vez, y por fortuna, el comandante no se despertó tan fácilmente de sus sueños.

Fabián, con quien ha recorrido largamente las carreteras del norte de Nariño y el sur del Cauca, y quien la convenció de no parar el carro cuando encontraron a un hombre con un disparo en la cabeza, porque ya estaba muerto, dice una y mil veces que “Coni funciona con energía solar”. Fabián guarda silencio unos minutos mientras andan por las carreteras, para que Coni hable con Camilo y Nicolás, sus hijos de doce y ocho años, y planee con ellos su ida a clase de natación del día siguiente en la mañana, o los convenza de lo mucho que van a servirles las clases de inglés a las que asisten a regañadientes.

Con Constanza no importa el cansancio: si hay dos minutos de luz y calor, ella se enciende.